

ROGELIO ALONSO

LA DERROTA DEL VENCEDOR

La política antiterrorista del final de ETA

ALIANZA EDITORIAL

Primera edición: 2018
Segunda reimpresión: 2018

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Rogelio Alonso Pascual, 2018
© de esta edición: Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2018
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15; 28027 Madrid
www.alianzaeditorial.es
ISBN: 978-84-9181-134-3
Depósito Legal: M. 6.094-2018
Printed in Spain

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

alianzaeditorial@anaya.es

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN. «¿EL MEJOR FINAL?»	11
1. EL TERRORISMO DE ETA: LAS RAÍCES NACIONALISTAS DEL ODIO	29
Nacionalismo y violencia	30
El final de ETA: trascendencia práctica e ideológica	46
Violencia política, consecuencias políticas	58
Espiral del silencio y odio ideológico	70
2. «EL FINAL SE PRODUCIRÁ CUANDO TENGA QUE SER, CUANDO TOQUE»	81
Cambio de paradigma: violencia-democracia <i>versus</i> nacionalistas-no nacionalistas	82
Tregua trampa: ni final dialogado ni diálogo para el final	94
Una nueva etapa en la política antiterrorista	103
El declive operativo de ETA y su «muerte política»	113
Hacia la ruptura del Pacto por las Libertades	125
3. UN «PROCESO DE PAZ» PARA BURLAR LA VERDAD	137
Una nueva negociación con ETA	138
El «proceso de paz» y la progresiva legitimación de Batasuna	151

Ocultando cesiones e impunidad: cuando el lenguaje miente	161
La estigmatización del adversario	171
Manipular para «torcer la voluntad de la mayoría»	179
4. ENTRE LA DERROTA POLICIAL Y LA VICTORIA POLÍTICA	187
«Palo y zanahoria»: de la polarización al consenso en política antiterrorista	188
«Estrategia político-militar» y política antiterrorista: contradicciones	197
Negociar con ETA: un grave error táctico y estratégico	210
Batasuna: internacionalización y calculada escenificación del distanciamiento de ETA	223
La legalización de Bildu: «Euskal Herria ha ganado la batalla de la ilegalización»	232
5. «UN FINAL SUCIO»	247
La herencia envenenada de la política antiterrorista	248
Una nueva postura sobre la ilegalización de partidos	257
«La fórmula de la Coca Cola» para acercar presos	266
Trato de favor para el etarra Bolinaga: el falso dilema	277
«Desarmar» y «desactivar» a las víctimas: «un final sucio»	287
6. CONSENSOS APLACADORES: CRÍMENES AMORTIZADOS, IMPUNIDAD Y MEMORIA	301
«Desarme» y blanqueo de ETA	302
Derrota de ETA sin justicia política	313
La sociedad del posterrorismo: una sociedad indecente	327
Estados de negación	344
7. «¿ALGUIEN DUDA DE QUE ETA HA SIDO DERROTADA?»	361
«Esa majadería de que “con la violencia no se consigue nada”»	362
«La lucha integral supera y en mucho a la faceta policial»	372
Unidad, ¿para qué?: «cultura de la resistencia» <i>versus</i> «cultura de la paz» ...	386
«Iconos de la paz»: «una buena foto»	401
La «superioridad moral» del resentimiento sobre el perdón	411
EPÍLOGO. ¿MERECIÓ LA PENA?	421
AGRADECIMIENTOS	443

Arduas cuentas habrá de rendir el Rey en el último día, si no es buena causa la de su guerra, cuando todas esas piernas y brazos y cabezas segadas en la batalla se junten el día final y griten todas, «Morimos en tal lugar».

Enrique V, WILLIAM SHAKESPEARE

INTRODUCCIÓN

«¿EL MEJOR FINAL?»

Fue el mejor final. Ganó la democracia, y quienes durante décadas intentaron chantajearla sembrando la muerte y el sufrimiento no consiguieron ni uno solo de sus objetivos políticos. Por respeto a la verdad y, sobre todo, a las víctimas, conviene no olvidarlo nunca¹.

Es posible que [ETA] hubiera acabado pero no como acabó. Este era el mejor final que nunca imaginábamos, que ETA reconociera su derrota².

ALFREDO PÉREZ RUBALCABA

Este libro demuestra, precisamente por respeto a la verdad y a las víctimas, que las afirmaciones del que fuera ministro del Interior entre 2006 y 2011 son falsas. Después de décadas de violencia, el proceso de finalización del terrorismo de ETA presenta numerosos

¹ Alfredo Pérez Rubalcaba, «En honor a la verdad», *El País*, 20/10/2016.

² Declaraciones de Alfredo Pérez Rubalcaba recogidas en «Este es el mejor final imaginado para ETA», *El Confidencial*, 30/09/2017.

déficits que demuestran que otro final era posible y que, desgraciadamente para la democracia, la banda sí ha logrado importantes objetivos políticos. Además, lejos de reconocer «su derrota», ETA reivindica la eficacia de su terrorismo. Como el profesor Aurelio Arteta ha señalado, el hecho de que ETA «no haya conseguido sus objetivos máximos no significa que se haya conformado con otros insignificantes»³. Por ello, en los propios términos del exministro del Interior, «por respeto a la verdad y, sobre todo, a las víctimas» es necesaria una rigurosa explicación de las políticas antiterroristas que condujeron al abandono del terrorismo de ETA con el fin de evaluar correctamente y con rigor académico sus consecuencias. De ese modo es posible analizar los importantes réditos que muchas de ellas reportaron al Estado, pero también, en ocasiones, a la propia banda y al conjunto del entorno terrorista.

La opinión del exministro del Interior coincidiendo con el quinto aniversario del cese anunciado por ETA en 2011 contrastaba con la de diversas víctimas del terrorismo en esas mismas fechas, sugiriendo, como demostrará este libro, que existen otras interpretaciones sobre el final de ETA más respetuosas con la realidad. El mismo día en que Rubalcaba se pronunciaba en esos términos, Maite Pagazaurtundúa, presidenta de la Fundación Víctimas del Terrorismo (FVT) entre 2005 y 2012, escribía: «Cinco años después del anuncio del abandono del terrorismo, los lobistas de ETA gobiernan municipios, participan en el gobierno de la Comunidad Foral de Navarra y no denunciarán a la horda juvenil que atacó a dos jóvenes guardias civiles y sus novias en Alsasua»⁴. Pagazaurtundúa se refería también al «descaro» con el que el entorno terrorista recibía «como héroes a los asesinos múltiples cuando salen de la cárcel y piden impunidad

³ Aurelio Arteta, «La derrota del vencedor», *El País*, 24/02/2014.

⁴ Se refería a la paliza que dos guardias civiles y sus novias recibieron en dicha localidad navarra días antes por parte de simpatizantes de la «izquierda abertzale». Maite Pagazaurtundúa, «La espiral de silencio sobre ETA», *El Mundo*, 20/10/2016.

para los que cumplen condena»⁵. Un día después, Fernando Altuna, hijo de Basilio Altuna, asesinado por ETA político militar en 1980, describía la profusión de homenajes a miembros de ETA que durante los últimos meses se habían producido en las calles del País Vasco e incluso en ayuntamientos y colegios⁶. El editorial del diario de mayor difusión en la Comunidad Autónoma vasca afirmaba en tan señalada efeméride: «La paz es imperfecta y perfectible, pero ha de basarse en la negativa a justificar el terror pasado o a contextualizar cualquier agresión»⁷.

Un lustro después del cese de ETA, la justificación del terror pasado seguía definiendo el comportamiento político de los partidos herederos de la antigua Batasuna —Bildu y Sortu— legalizados en 2011 y 2012 en una polémica decisión que, como Pablo Fernández Casadevante ha demostrado, evidenció un serio fallo de uno de los mecanismos de defensa del Estado más importantes, la prohibición de partidos⁸. En ese contexto, resultaba lógica la decepción y frustración de numerosas víctimas del terrorismo con un proceso de finalización de la violencia con considerables carencias. Así lo expresaba Ana Iribar, viuda de Gregorio Ordóñez, concejal del Partido Popular en San Sebastián cuando fue asesinado por ETA el 23 de enero de 1995:

He buscado, sigo buscando algún rastro de victoria en la muerte de Gregorio Ordóñez. Escucho el discurso oficial del Gobierno referirse continuamente a la derrota de ETA; asisto a la decisión de ETA de dejar de matar; sin embargo, no encuentro signos para la victoria. Al contrario: más de 300 asesinatos de ETA sin resolver, el proyecto político de ETA bajo siglas diversas en nuestras instituciones, una orga-

⁵ *Ibid.*

⁶ Fernando Altuna, «El triunfo de la normalidad», *El Correo*, 21/10/2016.

⁷ Editorial, «Violencia sin pase», *El Correo*, 20/10/2016.

⁸ Pablo Fernández de Casadevante, «La prohibición de formaciones políticas como mecanismo de defensa del Estado y el debilitamiento de dicha protección tras las polémicas decisiones sobre Bildu y Sortu», *Revista Europea de Derechos Fundamentales*, núm. 26, 2015, pp. 111-137.

nización terrorista que ni se ha disuelto ni se ha entregado ni colabora con la Justicia. No siento ni la derrota de ETA, ni la victoria de los demócratas. Resulta frustrante⁹.

Sin embargo, se han reproducido opiniones sobre el final del terrorismo no solo contrarias, como resulta lógico, sino que además niegan la posibilidad de visiones alternativas, como hacía Iñaki Gabilondo al aseverar categóricamente en 2017 que «no hay discrepancia en que [ETA] ha sido derrotada»¹⁰. La rotundidad y ausencia de matices parecen más propios de la propaganda política que del rigor académico con el que debe afrontarse un objeto de estudio como la campaña de la organización terrorista ETA. Incluso concedores del contexto político y social marcado por el terrorismo han asumido simplificaciones que excluyen la mera consideración de puntos de vista diferentes, aunque estos se sustenten en rigurosos análisis. Una de esas interpretaciones aseveraba: «Aquí no ha habido pacto, ni cambio de leyes, ni amnistía, ni nada que permita la más mínima duda sobre quién ha ganado y quién ha sido derrotado y la conclusión contraria solo se puede mantener desde el dolor comprensible de las víctimas o desde la ceguera de algunos dirigentes»¹¹. Este era un argumento repetido por quien ya había considerado que «solo la mala voluntad, la estupidez o el comprensible dolor de las víctimas no puede entender esta realidad inapelable»¹². Como engañoso e injusto puede calificarse el intento de desconsiderar las legítimas y razonables opiniones contrarias a tan categóricas conclusiones atribuyéndolas a «la mala voluntad», «la estupidez», «el dolor comprensible de las víctimas» o «la ceguera de algunos dirigentes». Esta distorsión de planteamientos alternativos podía inducir a considerar

⁹ Ana Iribar, «Gregorio Ordóñez, 21 años después», *El Correo*, 22/01/2016.

¹⁰ Alba Moraleda, «“El fin de ETA” rinde homenaje a quienes hicieron posible el cese del terrorismo», *El País*, 20/05/2017.

¹¹ Nicolás Redondo Terreros, «Un regalo al ministro», *El Mundo*, 05/01/2017.

¹² Nicolás Redondo Terreros, «Los partidos nacionales», *El Mundo*, 30/06/2015.

que las víctimas del terrorismo son incapaces de comprender la realidad y de realizar análisis objetivos y rigurosos de esta, como si se tratara de disminuidos o discapacitados intelectuales. Todo ello, además, cuando en 2012 el mismo autor expresaba una visión diferente:

En Euskadi existen motivos para el desasosiego, la derrota de ETA no ha significado todavía hoy nuestra victoria. Vivimos un periodo de confusión, en el que soterradamente los derrotados quieren imponer su relato histórico y la alternativa adolece de fuerza y coherencia suficiente para imponerse. Las víctimas dudan sobre cómo construiremos el futuro y el consuelo en esta situación es difícil, más si tenemos en cuenta que el resultado de las últimas elecciones autonómicas ha ratificado como segunda fuerza a los herederos de la banda terrorista¹³.

Paradójicamente se reivindica la derrota del terrorismo con argumentos que la cuestionan: «Justamente nuestra victoria abre una oportunidad para conseguir una sociedad que hable, que se quite los miedos y enfrente sus responsabilidades»¹⁴. El reconocimiento del miedo que ha provocado y mantiene todavía el silencio de la sociedad, la elusión de responsabilidades por las complicidades, por las inacciones, por esos mismos silencios, no parece en absoluto una victoria que merezca ser maquillada. El miedo provocado por el terrorismo etarra ha condicionado la participación política de ciudadanos vascos durante décadas hasta la actualidad pese a su progresiva disminución con el declive y posterior cese de ETA¹⁵. El miedo a hablar de política en libertad, a ejercer derechos y libertades con normalidad ha sido patente para un significativo porcentaje de población, percepción además asimétrica desde el punto de vista ideológico,

¹³ Nicolás Redondo Terreros, «Cataluña y Euskadi: disimilitudes», *El País*, 20/12/2012.

¹⁴ Nicolás Redondo Terreros, «Un regalo al ministro», *El Mundo*, 05/01/2017.

¹⁵ Francisco Llera y Rafael Leonisio, «La estrategia del miedo. ETA y la espiral del silencio en el País Vasco», *Informe del Centro Memorial de las Víctimas del Terrorismo*, núm. 1, febrero de 2017.

como han demostrado Llera y Leonisio: «Los nacionalistas vascos percibían en su entorno menos miedo que aquellos que no lo eran. Es decir, los votantes del PP y el PSE sentían más temor a participar en política que los electores de PNV y la izquierda abertzale»¹⁶.

«ETA se ha ido sin nada. Nada se ha pagado y nada les debemos. Nada se ha pactado», concluía otro dirigente político sobre un final del terrorismo que definía como «limpio» y «rotundo»: «ETA ha sido derrotada por la sociedad, desarticulada por la policía y la ley, empujada por la política hacia la aceptación de sus reglas, desbordada por la realidad y por su propia gente, hacia el abandono de su fanatismo. Todo lo que ha ocurrido desde aquel octubre de 2011 avala la derrota sin paliativos del terrorismo y la victoria plena de la democracia»¹⁷. Contrasta esta conclusión con las evidencias que en este libro se recogen sobre el impacto del terrorismo en la democracia española, algunas de cuyas consecuencias se mantienen, aunque la campaña terrorista haya desaparecido y disminuido el miedo. En palabras de Llera y Leonisio:

ETA supuso una merma de los derechos democráticos más básicos de la ciudadanía. El hecho de que ese miedo no fuera homogéneo, afectando de manera desigual a los diferentes electorados, lleva a pensar que las formaciones no nacionalistas (PP, PSE-EE, UPN, UA, etc.) partían de una posición de desventaja en la contienda electoral y, por tanto, puede considerarse que el principio de la igualdad política quedó en parte desvirtuado¹⁸.

Sin duda, el terrorismo ha repercutido en los procesos electorales, manteniéndose todavía hoy su influencia en el sistema democrático. Ese es el contexto viciado de partida en el que deben evaluarse los efectos del terrorismo, sus enormes consecuencias humanas, políti-

¹⁶ *Ibid.*, p. 47.

¹⁷ Ramón Jáuregui, «Paradojas del final de ETA», *El País*, 27/01/2014.

¹⁸ Llera y Leonisio, *op. cit.*, pp. 48-49.

cas y sociales, así como el final del mismo, con objeto de valorar correctamente este periodo de nuestra historia. Esos son los parámetros con los que también debe medirse esa supuesta derrota del terrorismo a la que tantos apelan mientras se escuchan admisiones como la que realizaba en 2016 Odón Elorza, alcalde de San Sebastián entre 1991 y 2011: «No fuimos lo suficientemente rotundos a la hora de condenar los asesinatos de ETA, y las amenazas. Imperó el miedo y el temor. Y la deriva de ello fue el silencio. Malo sería que ahora se instalara el olvido sobre lo que pasó. [...] Tuve lagunas, ausencias y me dejé llevar por el miedo, la prudencia y la falta de valor»¹⁹. Se aprecia una tendencia a evaluar el pasado ignorando la abundante evidencia que obliga a cuestionar que la historia de la lucha contra el terrorismo sea realmente la del «éxito del Estado, de sus ciudadanos, de sus leyes e instituciones»²⁰. Estas simplificaciones contrastan con el realismo de la experiencia vital de las propias víctimas del terrorismo, como refleja el testimonio de una de ellas, Fernando Altuna:

Hará poco que reconocí que solo aceptando la derrota de mi vida podría subsistir. ¿A quién le gusta aceptar la derrota? A nadie, pero al menos en mi caso ha sido la única forma de que hoy mi vida sea más humilde, más honesta y más honrada. Sí: yo he perdido. En el caso Altuna, la rama político-militar de ETA no solo asesinó a padre. Me destrozó como persona, aniquiló a una familia y resquebrajó los principios del Estado de Derecho al no haberse hecho justicia, al igual que en los más de 300 asesinatos de la organización criminal que no han sido esclarecidos. No soporto, no acepto pues, la teoría del relato de que las víctimas del terrorismo hemos vencido. Al menos mi padre y yo hemos perdido. Hemos sido derrotados. No hemos ganado. Nada²¹.

¹⁹ «No fuimos lo suficientemente rotundos contra los asesinatos», *El Correo*, 31/05/2016.

²⁰ Lorenzo Silva, Manuel Sánchez y Gonzalo Araluce (2017), *Sangre, sudor y paz. La Guardia Civil contra ETA*, Barcelona, Península, p. 13.

²¹ Fernando Altuna, «No es lícito callar», *El Correo*, 07/09/2016.

Este libro demuestra que se está intentando cerrar el periodo marcado por el terrorismo de ETA asumiéndose desde amplios estamentos políticos, académicos y periodísticos un revisionismo histórico que deforma lo sucedido revistiendo de verdad única y establecida interpretaciones erróneas de la realidad. No debe renunciar el académico a investigar la realidad con rigor, evitando cuestionar estereotipos establecidos que pueden convertirse en significantes vacíos. Durante la larga e intensa investigación en la que se basa este libro, he recordado el error histórico que supuso magnificar el papel de la resistencia francesa durante la Segunda Guerra Mundial. Así lo hicieron investigaciones académicas que asumían de manera acrítica que el régimen de Vichy contaba con un amplio apoyo social, negado por no pocos historiadores que prefirieron sobredimensionar el menor respaldo de quienes realmente se enfrentaron al nazismo.

En su ensayo «Los abusos de la memoria», Tzvetan Todorov, aporta claves para comprender el problema al que la sociedad española y la comunidad científica se enfrentan al evaluar la historia de ETA y los efectos de su campaña terrorista: «Ninguna institución superior, dentro del Estado, debería poder decir: usted no tiene derecho a buscar por sí mismo la verdad de los hechos, aquellos que no acepten la versión oficial del pasado serán castigados»²². Como este libro demuestra, quienes no aceptan esa versión oficial del pasado que impone la derrota de ETA sin los debidos matices, ignorando los argumentos que la cuestionan, han sido «castigados». Parafraseando a Hannah Arendt, «quienes dicen la verdad factual han sido considerados más peligrosos e incluso más hostiles que los verdaderos opositores»²³, entendiéndose por estos últimos a quienes han desafiado el orden constitucional a través del terrorismo. El que fuera ministro del Interior entre 1996 y 2001, Jaime Mayor Oreja, denun-

²² Tzvetan Todorov (2013), *Los abusos de la memoria*, Barcelona, Paidós, p. 19.

²³ Hannah Arendt (2017), *Verdad y mentira en la política*, Barcelona, Página Indómita, p. 66.

ciaba «que por decir la verdad eres marginado, un radical, un extremista y te apartan de la vida pública» para «quedarte en la soledad»²⁴. Ha sido común escuchar que la sociedad vasca era y es una sociedad enferma. Una sociedad en la que el terrorismo ha gozado de apoyo, aunque minoritario, no por ello menos significativo. De ahí que resulte lógico que esa sociedad enferma desee reprimir recuerdos y evidencias que reflejan vergüenzas y fracasos. También las élites políticas están interesadas en encubrir sus fracasos con esa denominada «batalla por el relato» a la que constantemente apelan. Imitando la terminología bélica de la propaganda terrorista, se afanan en reproducir una memoria en la que el pasado y el presente son convenientemente seleccionados y reinterpretados. Así se ocultan las injusticias de este final del terrorismo por el que han optado. La ética del científico obliga a sacarlas a la luz. Como escribió el profesor Calduch Cervera, «la ética del científico no admite más compromisos que el que exige la búsqueda de la verdad», y es «sin duda, una de las éticas más exigentes y revolucionarias del hombre»²⁵. En ese sentido, demuestra la necesidad y pertinencia de un trabajo como el que estas líneas introducen la respuesta del exmiembro de ETA Iñaki Viar al artículo que un respetado político encuadraba con un revelador titular, «Miedo a la victoria»:

Dice hoy en *El País* Nicolás Redondo, con quien coincido gratamente en sus criterios habitualmente, que quienes criticamos la deriva política antiterrorista actual tenemos miedo a la victoria. Sorprendente conclusión. Cree el autor que la derrota policial de ETA significa la victoria de la libertad y la democracia, y que todos debemos alegrarnos. Me permitiré discrepar de su argumentación. [...] Muchos ciudadanos vascos tienen miedo, pero no a la victoria. Hay tanto miedo en la generalidad de la población vasca como cuando ETA mataba. Por-

²⁴ Entrevista a Jaime Mayor Oreja en esRadio, «Es la mañana de Federico», 12/07/2017.

²⁵ Rafael Calduch (1991), *Relaciones internacionales*, Madrid, Ediciones de las Ciencias Sociales, p. 15.

que la gente normal no pensaba que ETA le iba a matar a él, para eso estaban los policías, políticos, periodistas, algunos empresarios. [...] El miedo es a la coacción sistemática del poder político, social, institucional nacionalista, para no sufrir perjuicios en su vida: por eso se someten a la tortura para muchos de estudiar euskera, y pasan años en ello para sacar una oposición. [...] la derrota policial de ETA ha devenido en victoria política de su proyecto gestionado a medias con el PNV escenificando divergencias²⁶.

Otro reconocido especialista en el terrorismo etarra y director del Centro Memorial de las Víctimas del Terrorismo del Gobierno español ha enfatizado sin ambages la derrota de ETA en repetidas ocasiones²⁷, aunque en 2012, antes de trabajar para el Ministerio del Interior, escribía:

La derrota operativa de ETA, que se podía constatar desde finales de 2001, hubiera obtenido un carácter de reconocimiento oficial por el propio grupo terrorista con la declaración del 20 de octubre. Pero el contexto en el que se produjo el anuncio ha permitido a ETA y a su entorno desdibujar la idea de fracaso histórico e, incluso, capitalizar políticamente una decisión que contradecía toda su trayectoria. El éxito del Estado al provocar la derrota operativa de la banda terrorista se ve contrarrestado por el problema político que le plantean los éxitos electorales de las siglas apoyadas por la ilegalizada Batasuna²⁸.

Añadía: «La legalización de Bildu por el Constitucional, en contra del criterio del Tribunal Supremo, ha facilitado el éxito político de la

²⁶ Iñaki Viar, Post en El Blog de Santiago González, Domingo, 05/01/2014, introducido a las 8:59 pm en <http://santiagonzalez.wordpress.com/2014/01/05/chistes-nuevos-con-caras-viejas/>.

²⁷ Véase, por ejemplo, Florencio Domínguez, «Las claves de la derrota de ETA», *Informe del Centro Memorial de las Víctimas del Terrorismo*, núm. 3, noviembre de 2017; y entrevista a Florencio Domínguez en *El Confidencial*, 30/10/2016.

²⁸ Florencio Domínguez, «Luces y sombras del “cese definitivo” del terrorismo de ETA», p. 131, *Cuadernos de Pensamiento Político*, abril/junio de 2012, pp. 123-137.

antigua Batasuna, empañando la imagen clara de derrota que se habría registrado si el final de la violencia etarra hubiera tenido lugar antes de esa legalización y no después»²⁹. El propio Domínguez había advertido años antes: «Si se salva la ideología que ha inspirado ETA, si no se cuestiona social y políticamente la justificación que ha tenido ETA para practicar el terrorismo, si no se percibe su derrota —incluso por su base social—, se puede mantener viva la llama para que otros vengan detrás y continúen la violencia»³⁰. El mismo autor había reconocido que «la legalización de unas siglas en las que participaba Batasuna antes del fin definitivo de ETA y la conferencia internacional» de Aiete en 2011, diseñada por el entorno terrorista con la aquiescencia del Gobierno socialista de Rodríguez Zapatero, había contribuido a que la finalización de la violencia fuera «capitalizada políticamente por aquellos que durante décadas la han perpetrado o alentado, y a que se difumine la percepción de derrota de los terroristas»³¹.

Como este libro demuestra, la ideología nacionalista que inspira a ETA no es ampliamente cuestionada en la sociedad vasca. Por el contrario, es frecuente que, en el discurso político y social, incluso académico, se omita la dimensión nacionalista del terrorismo etarra y, por tanto, las consecuencias políticas y sociales que de ello se deriva. Se reivindica la necesidad de denunciar el «proyecto político totalitario» que ETA deseaba imponer³², pero las evidencias demuestran que no es frecuente hacerlo, eludiéndose constantemente la motivación nacionalista de dicho proyecto político. Al mismo tiempo, aunque ETA ha reconocido que «no hemos ganado» y que

²⁹ Florencio Domínguez (2012), *La agonía de ETA*, Madrid, La Esfera de los Libros, p. 300.

³⁰ Citado en Javier Marrodán, «ETA, y ahora, ¿qué?», *Nuestro Tiempo*, número 667, marzo-abril 2001.

³¹ Florencio Domínguez, «Luces y sombras del “cese definitivo” del terrorismo de ETA», *op. cit.*, p. 133.

³² Raúl López Romo, «El desarme final de ETA», *El Correo*, 06/01/2017.

es «evidente» que la «izquierda abertzale no ha ganado», pues de haberlo hecho «Euskal Herria aparecería en los mapas del mundo como un país libre», aduce que «la lucha que hemos realizado miles de hombres y mujeres con gran esfuerzo y sacrificio no ha sido en balde»³³. En absoluto ha reconocido ETA su derrota, como erróneamente aseguran algunos. Más bien, con fines claramente propagandísticos, la banda terrorista considera que «gracias a esa lucha Euskal Herria continúa viva y tiene abierta, recientemente, la posibilidad de ganar»³⁴. En esa línea, la base social del movimiento terrorista no socializa una conciencia de derrota, sino una interpretación de la violencia como instrumento eficaz:

¿ETA no ha conseguido sus objetivos? En parte es verdad esta aseveración, pero, por otra parte, no se ajusta a la realidad. Evidentemente no ha cumplido el objetivo de que una delegación del Estado español se sienta a la mesa con voluntad de negociar con ETA la ruptura democrática con el franquismo y en consecuencia no ha logrado que se reconozca el derecho a la Autodeterminación de Euskal Herria. Y tampoco ha conseguido negociar una entrega ordenada de las armas ni negociar una salida digna al tema de las presas y refugiadas. Es verdad. ¿Pero estos han sido los únicos y más importantes objetivos por los que ha luchado ETA? [...] ETA nunca ha apostado por vencer militarmente al Estado español. Ha combatido con las armas en la mano, pero no ha sido tan ilusa como para pensar que militarmente se le podía ganar a todo un Estado español. [...] ¿Los poderes militares y económicos centralistas aceptaron el nivel de autogobierno de las tres provincias Vascongadas o de Nafarroa gracias a las hábiles maniobras negociadoras o debido a muchos años de lucha? ¿Cuántas veces han utilizado los representantes del PNV la existencia de ETA para arrancar determinadas competencias, por ejemplo, la de la Ertzaintza? [...] Lo dicho: la única lucha derrotada es la que no se hace³⁵.

³³ Zutabe número 113, abril de 2011.

³⁴ *Ibid.*

³⁵ Tasio Erkizia, «La única lucha derrotada es la que no se hace», *Gara*, 25/04/2017.

El exdirigente nacionalista Joseba Arregi ha matizado también el estereotipo sobre la derrota de ETA tan repetido desde las elites políticas españolas y numerosos medios de comunicación e incluso académicos: «Hay razones, por lo tanto, para afirmar que ETA ha sido derrotada por el Estado de Derecho. Pero también hay razones para afirmar que esa derrota está lejos de ser completa»³⁶. Mikel Azurmendi, integrante de ETA en sus orígenes y posteriormente amenazado por la organización terrorista, ha concluido que «sin lugar a dudas, ETA no ha salido derrotada»³⁷. La periodista Ángeles Escrivá, profunda conocedora del terrorismo etarra, ha definido como «agridulce» un final de la violencia que no ha supuesto la derrota de ETA al implicar «cantidad de cesiones por parte de los demócratas»³⁸. Como ha señalado Javier Zarzalejos, el balance de la historia del terrorismo de ETA obliga a considerar el fenómeno terrorista en su complejidad, huyendo de ese planteamiento dicotómico que reduce el triunfo del Estado a un solo parámetro como la incapacidad de la banda para conseguir una Euskadi independiente. Obliga a analizar las «evidentes implicaciones políticas» del terrorismo, «que ha condicionado no solo la evolución del nacionalismo, sino que ha conseguido modelar —es decir, deformar— el paisaje cívico y el tejido político del País Vasco». Es entonces cuando «el juicio sobre su derrota» debe ser matizado³⁹. Aurelio Arteta ha reflexionado sobre las implicaciones de un discurso público que se limite a ensalzar la victoria de la democracia sobre el terrorismo sin atender a un análisis más riguroso de lo que ha supuesto la violencia: «Se dice una y otra vez que ETA ha sido al fin derrotada por la democracia. Demasiada

³⁶ Joseba Arregi, «La derrota de ETA», *El Mundo*, 12/02/2014.

³⁷ Mikel Azurmendi (2017), *El relato vasco. Libros para entender el fin de ETA*, Córdoba, Almuzara, p. 11.

³⁸ Ángeles Escrivá, «Un final agridulce», p. 524, en Javier Marrodán *et al.* (2014), *Relatos de plomo. Historia del terrorismo en Navarra 1987-2011*, Gobierno de Navarra, pp. 524-530.

³⁹ Javier Zarzalejos, «Miguel Ángel y el relato», *El Correo*, 23/07/2017.

retórica. Se añade que ETA ha perdido frente a la sociedad española, pero dudo que eso pueda pregonarse asimismo de la sociedad vasca en general»⁴⁰. El autor de *Mal consentido. La complicidad del espectador indiferente* (Alianza, 2014), añadía:

Pero detrás del desafío terrorista, que absorbía toda la atención, se estaba librando otro combate más hondo de naturaleza nacionalista. Además de sus comandos clandestinos, el terrorista ha contado con numerosos representantes civiles; y, junto a su aparato militar, ha dispuesto de otro político e ideológico. Derrotado policialmente, ¿no habrá salido sin embargo ganador en estos otros combates...? Eludir esa pregunta sería prueba de complacido simplismo o de cobarde escapada; a la postre, de rendición⁴¹.

Este libro pretende dar respuesta a una pregunta ineludible como la que Arteta formulaba. Con ese fin, este volumen analiza las claves del proceso a través del cual se ha puesto fin a la campaña terrorista de ETA y las consecuencias del terrorismo para la democracia española. A través de un exhaustivo estudio de fuentes primarias que ven la luz por primera vez y que incluyen informes secretos, reservados y confidenciales elaborados por las Fuerzas y Cuerpos de Seguridad del Estado y el servicio de inteligencia español, inéditos documentos sobre la política antiterrorista y de la organización terrorista, así como entrevistas personales con víctimas y responsables políticos y policiales de la lucha contra ETA, respondo a los siguientes interrogantes: ¿Cómo se ha llegado al final de la campaña terrorista de ETA? ¿Ha sido derrotado el terrorismo? ¿Qué ha logrado la violencia? ¿Es compatible la derrota policial del terrorismo con la consecución de importantes logros políticos y sociales de quienes intimidaron y coaccionaron a la ciudadanía? ¿Cuáles son las consecuencias humanas, políticas y sociales del terrorismo perpetrado por ETA?

⁴⁰ Aurelio Arteta, «La derrota del vencedor», *El País*, 24/02/2014.

⁴¹ *Ibid.*

¿Se niegan hoy las implicaciones políticas y sociales de ese terrorismo nacionalista? ¿En qué medida siguen condicionando la violencia y el miedo la vida en la sociedad del postterrorismo? ¿Qué efectos tiene la legitimación de la sistemática violación de los Derechos Humanos en una democracia amenazada por el terrorismo durante cuarenta años? ¿Por qué una parte de la sociedad no logra sentir la derrota de ETA, incluidas algunas de las personas que después de su enorme sacrificio personal más necesitarían celebrar un auténtico triunfo sobre el terrorismo? ¿Quienes insisten en declarar la inapelable derrota de ETA lo hacen con objeto de ocultar una realidad diferente, justificando así la ausencia de políticas que podrían haber hecho posible otro final más favorable para la democracia y las víctimas del terrorismo? ¿Cómo se recordará la historia de terror de ETA cuando todavía una parte de la ciudadanía vasca continúa glorificando la violencia? ¿Qué memoria se está construyendo del terrorismo etarra y de su impacto para la sociedad y la democracia españolas? ¿Cuáles son los retos a los que se enfrentan la sociedad española en general, y la vasca y navarra en particular, en esta etapa del postterrorismo?

La noticia del anuncio del «cese definitivo de la actividad armada» de ETA comenzó a difundirse por redes sociales y medios de comunicación la tarde del 20 de octubre de 2011. En ese momento recibí en mi teléfono un mensaje de texto enviado por una persona que durante catorce años vivió escoltada como consecuencia de la amenaza terrorista. Aquella tarde no podía eludir los recuerdos acumulados durante esa juventud vigilada, las humillaciones a las que fue sometida por quienes aplaudían y justificaban los asesinatos de ETA y por los culpables de que ella misma tuviera que enfrentarse al miedo cada día de su vida. Había alcanzado la madurez superando degradaciones cotidianas de quienes envalentonados utilizaban la coacción terrorista para ejercer su intimidación mafiosa. Muchos de quienes celebraban el anuncio de ETA ignoraban esa cotidianeidad de inhumanas mezquindades a las que se habían enfrentado vícti-

mas y amenazados. Y sin embargo resultaban imprescindibles para comprender qué es verdaderamente el terrorismo, qué significa enfrentarse a él, qué es preciso para derrotarlo y qué constituye realmente su derrota. El mensaje de móvil era escueto y, como posteriormente reconocería su autora, escrito con manos temblorosas y una mirada nublada por las lágrimas: «No sé si reír o llorar». La ilusión y la esperanza se entremezclaban con el temor fundado en decepciones previas: ETA había decretado otras treguas en las que se prepararon nuevos asesinatos. El miedo a la frustración, la razón cautelosa que vela por la propia supervivencia, se enfrentaban a una alegría contenida, a unas ansias acumuladas durante largos años por disfrutar de una vida en libertad. La normalidad de sentirse libre sin que cada día el miedo la acompañara y así intentar superar el terrorismo psicológico que ha marcado a tantas personas. Ese terror a veces invisible al que los amenazados responden como humanamente pueden y que en algunos casos impide recuperar una normalidad violentada. Y entre todas esas emociones y razones, también surgía el miedo a la traición política y humana, a que los sacrificios que marcaron su vida y la de sus seres queridos no fueran reconocidos como merecían. Y esto no suponía desear ni el aplauso ni el homenaje público, tan efímeros y superficiales como ese fugaz y simple «me gusta» de ese Twitter que pretende reconfortar superficialmente durante unos segundos, emulando un compromiso y una solidaridad vacíos. En absoluto ansiaba ese cariño que políticos de uno y otro signo prometían a menudo a las víctimas del terrorismo convirtiéndolo en un decepcionante sustitutivo de los derechos efectivos de los que el terrorismo les privaba y que, por tanto, los dirigentes estaban obligados a garantizar a los ciudadanos amenazados. Para nada deseaba abrazos y fotografías públicas que con frecuencia sirven en política para camuflar con un envoltorio de bonitas pero huecas palabras la falta de acción y determinación. Pensaba más bien en que su civismo, su dignidad, su humanidad, su valentía y su tesón para desafiar al terror, esos valores que daban sentido a una vida re-

pleta de dificultades, dura en el sentido literal del término, y a la que precisamente por ello otros renunciaron, recibieran una recompensa justa y decente. En definitiva, que ese final del terrorismo que ahora se prometía lo fuera con una justicia real y no meramente retórica. Que los principios políticos y éticos que sostienen un sistema democrático no fueran reinterpretados y manoseados con el fin de pasar página, como si los amenazados no quisieran pasar esa página cruel, pero por supuesto sin eludir la justicia necesaria para poner término a la amenaza que el terrorismo nacionalista de ETA ha supuesto. Que la impunidad no fuera embellecida con la triste complicidad de algunos de quienes también desafiaron al terror, que pudieran sentirse tentados de simplificar y distorsionar la Historia evitando la exigencia de responsabilidades imprescindible para que los terroristas resultaran y se sintieran derrotados. Que al mirar hacia adelante no se borrara el pasado desdibujando toda una trayectoria vital que hubiese sido diferente de no haber alzado la voz contra el terrorismo, como hubiese sido distinta la historia de la democracia española. Que sus legítimas reivindicaciones no fueran tergiversadas y descalificadas atribuyéndolas a un rencor que siempre contuvo. Que no tuviera que escuchar lo que escucharía unos años después del cese de ETA, cuando una escritora que reconocía haber sido un «testigo mudo, ciego y sordo» ante el sufrimiento de sus conciudadanos amenazados⁴² se atrevía ahora a darles falsas lecciones de historia denunciando la «retórica del rencor» de esas víctimas que reclamaban un final del terrorismo «con vencedores y vencidos»⁴³. Como si la culpa del terrorista por sus humillaciones y crueldades no mereciera esa victoria de las víctimas que de no obtenerse supondría una injusta disminución de la culpabilidad del criminal. Tantos años midiendo las palabras, despreciando la venganza, reprimiendo el odio fruto del

⁴² Edurne Portela (2016), *El eco de los disparos, Cultura y memoria de la violencia*, Madrid, Galaxia Gutenberg, p. 125.

⁴³ Edurne Portela, «Lo que esconden las palabras», *El Correo*, 26/01/2017.

dolor, transformándolo en un resentimiento privado que le ayudara a no enloquecer ante tanta injusticia, a sobrevivir al mal en la creencia de que era su deber como ciudadana, y ahora el final del terrorismo podía quitarle o darle sentido a toda una vida y a la de muchas otras personas. Su resistencia cívica y política reducida a lo absurdo si el terrorismo se cerraba en falso, vaciada de contenido político si el final del terrorismo imponía el olvido de las causas por las que ETA asesinó y eximía de responsabilidades tanto a los asesinos como a sus cómplices.

Estas son algunas de las poderosas razones por las que he escrito este libro. Porque esta persona y quienes como ella han entregado tanto para derrotar al terrorismo no merecen la humillación de la mentira, de la manipulación, de la *postverdad* sobre el final del terrorismo, sobre lo que ellos mismos vivieron y lo que este país ha vivido. Porque los muertos también lo merecen y porque solo podrán ser honrados como deben serlo si reciben una justicia que no se limita al ámbito penal y se extiende al plano social, político, moral e histórico. Porque merecen que se escriba la verdad, incómoda en ocasiones, con rigor académico, con honradez y honestidad, sin servidumbres partidistas, sin el engaño con el que algunos pretenden edulcorar e incluso blanquear su propia historia y la de esta sociedad. Hay otra razón para escribir este libro: parafraseando las reflexiones de Aurelio Arteta citadas en estas páginas, porque como ciudadano y como académico me niego al «complacido simplismo, a la cobarde escapada y a la rendición» que supone eludir las preguntas a las que debemos responder después de una campaña terrorista que ha cambiado y condicionado la vida de tantos seres humanos.